

Divisiones militares y mandos regionales en Charcas durante la guerra de la Independencia. De Juan Antonio Álvarez de Arenales a Martín Miguel de Güemes

ROGER L. MAMANI SIÑANI

Introducción

La guerra de guerrillas, durante el periodo de la guerra de la Independencia en el territorio de la Audiencia de Charcas, adquirió características propias gracias al accionar de los mismos grupos guerrilleros que iniciaron sus andanzas como montoneras, para luego pasar a ser guerrillas más organizadas y, finalmente, algunas de ellas, llegar a constituirse en divisiones militares. A todo esto, hay que sumarle la influencia de los representantes de las Provincias Unidas del Río de La Plata y los intereses de los mismos guerrilleros.

En el presente artículo se explorarán estos pasos, ligados a la presencia de Juan Antonio Álvarez de Arenales como el comandante en jefe de la guerra de guerrillas en primera instancia, para luego ser Martín Miguel de Güemes quien de alguna manera asumió este rol una vez que el primero salió de Charcas, manteniendo de esta forma la influencia sureña en este espacio en cuanto a comandos y presencia militar. Un aspecto en el que se incidirá es en la presencia del “tercero interesado”, el cual, como se verá, fue el poder surgido desde las Provincias Unidas del Río de La Plata y sus representantes.

Los valles de Charcas y la sierra central del Perú. Los escenarios de la guerra de guerrillas

Una de las condiciones para el surgimiento de la guerra de guerrillas es la geografía donde se ubicaban estas. De esta forma, los espacios preferidos por los guerrilleros son aquellos que presentan irregularidades en el terreno, es decir valles, y serranías con quebradas profundas, lo que facilita el accionar de grupos medianos y pequeños en cuanto a su forma de guerra y escape en caso de peligro. Por el contrario, esto mismo perjudica a los grandes ejércitos, por la imposibilidad de maniobrar con soltura por lo escarpado y difícil de los mismos (Martínez Laínez, 2007).

Podemos encontrar frecuentemente ejemplos de guerrillas enclavadas en este tipo de terrenos. La misma España presencié la efervescencia de guerrillas al pie de las cordilleras que atraviesan su geografía cuando su población peleó contra los franceses en su propia guerra de la Independencia. La geografía española tuvo mucho que ver en el carácter fragmentario y la vida prolongada de la guerra irregular, pues las tropas francesas tuvieron que dispersar sus fuerzas y fraccionar sus destacamentos para arremeter contra las guerrillas españolas, lo cual impedía el enfrentamiento en una batalla decisiva (ibíd., pp. 175-176).

Sin embargo, la simple presencia de estas guerrillas en este tipo de terrenos no garantizaba su éxito al enfrentarse con el enemigo. Dos condiciones son inherentes para que las operaciones guerrilleras tengan buen término: la utilización práctica del terreno, proveniente de su dominio geográfico, y el apoyo de la mayoría de la población que habita esos lugares (ibíd., pp. 118).

Por otro lado, hay que entender que “La experta utilización y el dominio del espacio geográfico” no significaba su ocupación constante, ni siquiera su control. Las guerrillas hacen de todo el territorio un campo de batalla, el cual pueden defender, pero no constantemente. Es aquí donde se puede ver la movilidad de las guerrillas y lo variable de su situación (ibíd., pp. 117-118).¹ Sin embargo, esto impide las mismas establezcan autoridad y supremacía por un determinado tiempo, en el cual se pueden dar ciertos eventos como el nombramiento de autoridades.

¹ Esta es una de las razones por el cual el concepto de la “republicueta” no funciona, puesto que, al tratarse de una guerra con características irregulares, en constante movimiento y sin un territorio oficial, no se puede hablar de una “república en pequeño”.

Las guerrillas de Charcas se establecieron en zonas “periféricas”, o por lo menos fuera del control y dominio total del enemigo. Estas se desplegaron por un corredor que se extiende de norte a sur atravesando lo que geográficamente se conoce como la zona subandina o valles mesotérmicos y el frente subandino. La característica de esta región es que es una cadena montañosa que corre paralela a Los Andes, aunque de menor altura, presentando en su geografía serranías estrechas, paralelas y muy escarpadas. (Morales, 1990, pp. 24 y 27-28). Estos territorios, durante el periodo colonial, eran zonas de frontera, con los asentamientos de los “indios salvajes” y de las ambiciones expansionistas del imperio portugués. Además, estas zonas eran ricas en la producción de varios productos, desde los cereales, pasando por la coca, el ganado, cuero, madera y otros tipos de géneros comerciados en las plazas de Cochabamba, Chuquisaca y, desde luego, Potosí (Rodríguez y Quispe, 2021, p. 18). Fue en estas regiones que se instalaron los grupos guerrilleros de Charcas en la época de la Guerra de la Independencia.

Al norte se encontraba la guerrilla de Ildelfonso de las Muñecas, en lo que entonces era la provincia de Larecaja, que hoy está subdividida en las provincias de Camacho Saavedra, Franz Tamayo, Larecaja y Muñecas. En esta última se halla la localidad de Ayata, que en aquellos días fue el cuartel general de las tropas del cura guerrillero. Esta región se encuentra atravesada por la cordillera Oriental de norte a noreste, presentando una topografía accidentada: “...constituida por montañas y serranías (ligera a fuertemente disectadas-cortadas), colinas, formación de terrazas residuales y planicies” (Gobierno Municipal de Ayata, 2005, p. 25). Para 1817 esta provincia en su conjunto contaba con 8270 indígenas tributarios.²

La región de los valles de Sicasica y Cochabamba, donde se asentaron las guerrillas al mando de Santiago Fajardo y Buenaventura Zárate, tienen una descripción similar en cuanto a su geografía, contando con picos elevados de hasta 3200 msnm donde estas escarpadas montañas bajan hasta los yungas tropicales, donde la tierra era extremadamente fértil (Larson, 2017, p. 250). Al igual que en la anterior, dominan la geografía de este lugar las variadas quebradas de la región, seguidas por planicies. Para 1804, esta zona tenía 2983 indígenas que pagaban su tributo.³

Respecto de Vallegrande, donde Juan Antonio Álvarez de Arenales se asentó con la división de Cochabamba: “El terreno en la mayor parte es

2 ABNB. TNC Rv N° 150 1817 227 folios.

3 AGN Sala XIII Cuerpo XVII Leg. 36; AGN Sala XIII, Cuerpo XVIII, Leg. 49.

serranía, que forma algunos valles y quebradas muy espaciosas, por las que corren muchos de los ríos...” (Viedma, 1836, p. 55). Nuevamente nos encontramos con un paisaje con serranías y valles. Para 1788 Francisco de Viedma dijo que la población total en este territorio era de 11.676 almas entre españoles, mestizos, indios y negros. De esta cantidad, los mestizos se destacan por su número, ya que alcanzaron los 4695 pobladores. En cambio, los indígenas tenían una cantidad muy baja, ya que su número solo alcanzó la cifra de 534 tributarios (ibid.).

En lo que hoy son los municipios del El Villar y Padilla en Chuquisaca se asentó la fuerza guerrillera de Manuel Ascencio Padilla y Juana Azurduy. Estas zonas se caracterizan por tener “colinas y serranías de forma irregular, con relieves bastante abruptos y quebradas, con fuertes escarpes en las partes altas (...). Sin embargo por la parte sud (...) los suelos son moderadamente profundos o profundo” (Gobierno Municipal de El Villar, 1997, p. 7).

La zona de Cinti, donde estuvo presente la guerrilla de Vicente Camargo, comparte las mismas características de las anteriores, determinando “... que su topografía se clasifique mayormente como irregular, por la existencia de pendientes agudas y escarpadas” (Gobierno Municipal de Camargo, 2005, p. 26).

Las pendientes, las serranías escarpadas y los valles fueron el escenario perfecto para la acción de las guerrillas en la época de la guerra de la Independencia. Todas estas zonas comparten lo difícil del terreno, al cual los grandes ejércitos no podían acceder con facilidad, pero donde grupos pequeños podían hacer gran uso de la geografía del lugar.

De las montoneras al sistema de divisiones

La guerra de la Independencia contras las fuerzas realistas en Charcas fue librada en gran parte por las guerrillas autóctonas de este territorio. De esta forma, encontramos muy pocos ejércitos de línea insurgentes allí durante este periodo. Se tiene el antecedente de las milicias iniciales, que luego se transformaron en un ejército regular durante los sucesos de La Paz en 1809, pero estas rápidamente fueron eliminadas al paso de las tropas de Goyeneche, a la vez que los restos del contingente paceño daban lugar a la formación de las primeras guerrillas en los Yungas de La Paz. Estas son las primeras tropas que lucharon bajo este formato (Mamani, 2018).

Es durante los años de la presencia de los ejércitos enviados por las autoridades de Buenos Aires que aparecen con más intensidad cuerpos irregulares que se enfrentaron a las fuerzas del Rey.⁴ Se ha identificado a estos grupos armados con diferentes nombres: montoneras, partidas, guerrillas, y hasta republiquetas.⁵ Pero ¿todas estas palabras son sinónimas entre sí? ¿O es que existe algún tipo de diferencia? ¿Es la republiqueta la última etapa de las montoneras? ¿Cómo entender el fenómeno guerrillero en Charcas?

Para empezar, tomemos en cuenta la palabra montonera. José Santos Vargas en su diario de guerra decía: "... tengo el grande placer de haber trabajado un poco siquiera, más que sea en tropa de montoneros, pero a favor de la independencia y libertad de América del gobierno español" (Vargas, [1857] 2017, p. 119). De esta forma, él se identificaba como un montonero, por lo menos al principio de su periplo.⁶ Vargas no fue el único que utilizó este término: Gerónimo Valdés, Marques de Torata y Andrés García Camba consideraban a estas poco menos que "partidas de paisanos", sin instrucción alguna, conformadas por la "chusma" de la población.⁷ Además, la palabra montonera tenía una connotación fuertemente despectiva, pues tenía "ese carácter de ferocidad brutal y ese espíritu terrorista" (Sarmiento, cit. en Demélas, 2007, p. 193).

Marie-Danielle Demélas definió esta organización como "una banda de forajidos procedentes de los campos, que hacían la guerra como salvajes y cuyo principal objetivo era librarse de toda sujeción" (Demélas, 2007, p. 192). Para complementar esta idea, Fradkin concibe que la montonera tenía dos atributos, una ciega adhesión a su caudillo y la forma "bárbara" de su lucha. Este último se veía en la notable violencia que desplegaban, la cual muchas veces terminaba en "saqueos y pillaje", con lo que pasaron a ser confundidas con bandas de salteadores (Fradkin, 2006, pp. 16 y 21).

4 El primero venido desde el sur llegó el año de 1810, al mando de Antonio Gonzáles Balcarce y Juan José Castelli. El segundo, en 1813, bajo el comando de Manuel Belgrano. Y el último en 1815, a la cabeza de José Rondeau.

5 Para una discusión completa del significado y la conveniencia o no de la utilización de la palabra "republiqueta" ver: Mamani, 2010.

6 Aunque más tarde describirá a su grupo como la división de los Valles de La Paz y Cochabamba.

7 El marqués de Torata definió a las montoneras como "las partidas de paisanos que se armaban por el momento y salían a hostilizar sin género ninguno de instrucción ni disciplina" (Valdés, 1895, p. 6). Por su lado, García Camba decía de ellas: "Su caballería á retaguardia de su derecha, y la chusma de guerrillas o montoneras a su retaguardia y esparcidos por todos los caminos" (1916, p. 549).

La montonera entonces fue un tipo de lucha salvaje, caótica, “bárbara”, caudillista y hasta criminal. Es por eso que no se gozaba de fama al pertenecer a uno de estos grupos. No se tenía una organización estructurada y no se regían bajo ningún código o ley más que su supervivencia. En contraposición a esta aparece la palabra “partida” y los “partidarios”. Esta se asoció mucho con la montonera, haciéndolas casi sinónimas. Sin embargo, ¿podría existir alguna diferencia entre estos dos términos? Carl Schmitt nos dice que la palabra “partisano” derivaría del término “partido”, por lo cual “partisano” es igual a “partidario”, concepción que mostraría su compromiso con una agrupación políticamente activa de la cual asume los valores y es la razón por la que la defiende y lucha mediante la guerra irregular. A esto hay que sumarle su gran movilidad, lo que haría partícipe de combates activos y su carácter “telúrico”, es decir su vínculo con la tierra en la que vive y protege (Schmitt, 2016).

La irregularidad de su lucha en cuanto a su forma de guerra tendría una legitimación gracias a reconocimientos oficiales y su vinculación con una ideología u objetivo. Es esto lo que los diferenciaría de una banda de saqueadores criminales. Es cierto que ambos utilizarían el terror como medio de intimidación, pero mientras que uno lo hace a nombre —o con el reconocimiento— de un tercero y asume una causa, el otro lo hace por sus propios intereses. Es entonces cuando aparece la figura del “poderoso regular” o, como lo llamó Rolf Schroers, “el tercero interesado” (Schmitt, 2016, p. 80).

Este tercero interesado proporciona al partisano armas, municiones, dinero, recursos materiales y medicamentos, pero lo más importante la es legitimación de su lucha a través del reconocimiento político, lo cual legitima su lucha irregular. Schmitt reconoce que esta ayuda puede no ser siempre benevolente, que esconde un tipo de intención egoísta por detrás, pero mientras los objetivos del partisano y del tercer interesado coincidan se llevara a cabo una relación estable (Schmitt, 2016, pp. 80 y 84-85). Es en este punto donde los partidarios de Charcas se relacionan con los mandos del Ejército Auxiliar, tanto para obtener legitimación como ayuda en sus campañas.

Bajo la legitimidad adquirida, a partir de este punto el partisano puede dejar su carácter irregular y puede, además de tener su legitimación, alcanzar su legalidad al transformarse en un cuerpo regular (Schmitt, 2016, pp. 84-85). Es aquí donde la organización militar, a través de la división, entra en juego para entender este fenómeno.

La división al principio fue una unidad administrativa, que pasó a ser táctica gracias al desarrollo de las guerras napoleónicas en Europa. Esta

organización presentaba las tres armas en su conjunto, es decir, la infantería, la caballería y la artillería. Para el caso europeo estas estaban dirigidas por un general de división (Sicilia Cardona, 2016, p. 54). En este caso, una “división patriótica”⁸ contaría con todos estos elementos.

No es difícil suponer que este tipo de organización pasó a América con los oficiales ilustrados que llegaron antes del comienzo de la guerra de la Independencia, el caso de Joaquín de la Pezuela⁹ o el mismo Juan Antonio Álvarez de Arenales. Por las ventajas que se obtenía al ser cuerpos limitados y de gran movilidad, esto hacía que se adaptasen tanto a la forma clásica de lucha como a la forma irregular encarnada en la montonera.

Para que se pudiera dar el paso de partidas de guerrilla a divisiones se debían dar dos condiciones. El primero de ellos era la cantidad de componentes de la partida. En algún punto se alcanzaba un número capaz de enfrentarse al ejército del enemigo en combates en campo abierto, con formaciones típicas de los ejércitos regulares. La segunda tenía que ver con el mejoramiento de su calidad en cuanto a la profesionalidad de sus componentes, sean oficiales o soldados, y la mejora del armamento que manejaban (Martínez Laínez, 2007, p. 197). Por nuestra parte, además, consideramos que se le debe sumar el hecho de la necesidad de los partidarios de ser reconocidos como un cuerpo oficial tanto por sus pares como por el enemigo, además de la utilidad del “tercero interesado” en tener un cuerpo organizado bajo sus órdenes.

En Charcas las divisiones tuvieron dos formas de aparición. La primera de ellas fue la organización desde arriba, es decir impuesta por algún personaje. De este tipo es a la que pertenecía a Juan Antonio Álvarez de Arenales, quien organizó la División de Cochabamba. La segunda forma es la que podemos llamar “división asimilada” o surgida desde abajo. Estas son las que aparecieron primero como montoneras, para luego pasar a ser partidas –utilizando los términos de Schmitt–, y luego acabar como divisiones. Estos son los casos de las tropas de Manuel Ascencio Padilla y Vicente Camargo. Para el año de 1814 el Gobernador de Cochabamba se colocó

8 Un claro ejemplo de esto es la presencia de dos cañones en la división de Álvarez de Arenales cuando sucedió la batalla de la Florida (Paz, 1919). Por otro lado, la División de los valles de La Paz y Cochabamba al mando de Eusebio Lira en 1817 contaba con un cañón. (Mamani, 2010)

9 Joaquín de la Pezuela, se había formado como ingeniero militar en Segovia. Llegó al Perú en 1805, enviado desde España para construir una fábrica de pólvora. Ya en este Virreinato se desempeñó como Subinspector de Artillería. Fue designado como general en jefe del Ejército del Alto Perú en 1813, en reemplazo de José Manuel Goyeneche. En todas sus batallas dio especial importancia a la utilización de la artillería. Esto se puede comprobar en su relato de la batalla de Ayohuma, pero en especial la de Viloma o Sipe Sipe. (Pezuela, 2020).

en contacto con todos los comandantes de tropas irregulares y de aquellas con capacidad de convertirse en algo más. De esta forma surgió el sistema de divisiones en guerrilla de Charcas.

Para una mejor comprensión definimos un sistema como “conjuntos de elementos que guardan estrechas relaciones entre sí, que mantienen al sistema directa o indirectamente unido de modo más o menos estable y cuyo comportamiento global persigue, normalmente, algún tipo de objetivo (teleología)” (Arnold y Osorio, 1998, p. 2). De esta definición tomamos en cuenta las estrechas relaciones que se deben formar entre las partes del conjunto y la búsqueda de un objetivo común. Esto es lo que precisamente ocurrió con las divisiones en Charcas, a través de la comandancia de Juan Antonio Álvarez de Arenales, quien se encargaba de mantener contacto con todos los comandantes de las Divisiones y partidas de guerrilla, tal y como lo planteó María Luisa Soux (2010, p. 376). Por otro lado, perseguían un objetivo común: la liberación de las autoridades realistas a favor de la causa de Buenos Aires. La estabilidad de este sistema se destruiría si ya no se mantenía el contacto “estable”, como dice la definición. Cuando Álvarez de Arenales salió de suelo charquino el sistema pervivió un tiempo más, pero finalmente dejó de existir, o cambió de escenario, pero ya no en las mismas condiciones.

Esta idea del sistema de guerrillas al mando de Juan Antonio Álvarez de Arenales es compartida por Huáscar Rodríguez y Alber Quispe. Consideran también que, si bien es un concepto útil, le hace falta enriquecerse comprendiendo que esta organización estuvo presente más allá de 1815, que es cuando Álvarez de Arenales sale del territorio charquino, y que continuó su existencia hasta 1825 de modo más informal, con nuevos actores y cuyo centro fue la zona de Ayopaya, sede de la última guerrilla del Alto Perú (Rodríguez y Quispe, 2021, p. 151).

Bajo todas estas consideraciones, tomando en cuenta lo discutido y visto hasta este momento, proponemos el término de “sistema de divisiones en guerra de guerrillas” para el caso de los grupos insurgentes Charcas durante el proceso de la guerra de la Independencia. Como vimos la división es un cuerpo militar que agrupa a las tres armas del ejército, con las que estuvieron presentes en Charcas entre los años 1814 y 1816. Se conformó un sistema en base estas divisiones, las cuales actuaron utilizando las tácticas y la estrategia de la guerra de guerrillas. Ahora veremos cómo es que se estructuró este sistema y que pasó con el después de la salida de Álvarez de Arenales del territorio charquino.

La guerra de guerrillas en Charcas, de Juan Antonio Álvarez de Arenales a Martín Miguel de Güemes

Juan Antonio Álvarez de Arenales fue nombrado como gobernador de Cochabamba por Manuel Belgrano en 1813, durante el ingreso del Segundo Ejército Auxiliar del Alto Perú. Para hacerle conocer los alcances de su autoridad y darle instrucciones sobre su actuación en este territorio, se le remitió la “Instrucción Reservada”, la cual, si bien no ordena muchas cosas a cerca de lo militar, colocó el cimiento sobre el cual Álvarez de Arenales afianzó su autoridad en la región de Cochabamba y los valles de San Cruz.

La “Instrucción Reservada” es un documento extenso,¹⁰ y ante todo son órdenes para que se administre la provincia de Cochabamba, muy poco se refiere a la temática militar.¹¹ Quizá esto haya ocurrido por la presencia del Coronel Cornelio Zelaya, quien fue comisionado por Belgrano para organizar una división de caballería con la cual debía de apoyar al Ejército Auxiliar (Paz, 1919). En la instrucción se lee que mientras el mismo esté en este territorio él “tendrá el mando de las armas, pero luego que salga con ella con la División titulada de Cochabamba quedan las cosas en el mismo orden que antes de darle dicha comisión al expresado coronel Zelaya”.¹² Es decir, que Álvarez de Arenales se quedaba al mando de la provincia en lo militar y político-civil.

Álvarez de Arenales tuvo que salir de Cochabamba a finales de noviembre de 1813, después de enterarse de las derrotas Belgrano en Ayohuma y Vilcapujio, ante el peligro de una total ruina por parte de sus fuerzas. Llegó a Vallegrande el 18 de diciembre, donde hizo su cuartel general (Quispe, 2018, pp. 18-19). En enero del siguiente año reportaba su situación a Belgrano, al mismo tiempo que se quejaba de la poca o ninguna colaboración que le brindaba Ignacio Warnes como gobernador de Santa Cruz. Ante esta situación, nuestro personaje le propuso: “...autorice en forma, a uno de los jefes de estas dos provincias; (o el que tuviere por más acertado) para que en lo militar pueda disponer libremente de ambas fuer-

10 No podemos saber exactamente cuántas fojas ocuparon las órdenes de Belgrano contenidas en este documento, pues lo que se tiene en el Archivo de Juan Antonio Álvarez de Arenales son las transcripciones realizadas a máquina de escribir por J. E. Uriburu, las cuales no contienen un indicio de su extensión exacta.

11 AGNA Sala VII Leg 2566 Doc. 628.

12 *Ibid.*

zas”.¹³ Esta petición no fue escuchada, deviniendo en más desaires del comandante de Santa Cruz. Álvarez de Arenales vuelve a quejarse nuevamente de esta situación, esta vez con San Martín, recientemente nombrado general del Ejército del Norte. En una comunicación suya puede leerse: “En mi primer oficio que dirigí a primeros de enero desde el Vallegrande propuse lo conveniente que era en las actuales circunstancias nombrar un sujeto, el más aparente e idóneo con el Comando General en estas provincias interiores, para evitar los funestos resultados que se han experimentado en las épocas antecedentes por la desunión, desconcierto y rivalidad”.¹⁴ Con estas palabras, nuestro personaje dio paso a la formación del sistema de guerrillas.

Pocos meses más tarde se le hace el nombramiento de comandante general de las Tropas del Interior, que colocó a Juan Antonio Álvarez de Arenales de manera oficial como el máximo jefe militar en Charcas ante la ausencia del general del Ejército Auxiliar, para que pudiera “concentrar, sin pérdida de tiempo el comando general de todas las tropas, y reuniones de patriotas armados que operan en diferentes puntos del interior defensiva u ofensivamente contra el común enemigo...”, dándole el mando:

*... desde el partido de Cinti, exclusive (quedando este y el de Tarija sujetos por ahora al mando militar del comandante general de avanzadas coronel don Martín Güemes) todas las demás fuerzas de las provincias y partidos del interior que en el día se hallen libres, o en adelante vayan libertándose de la opresión del enemigo, hasta la provincia de La Paz, se pongan inmediatamente y queden desde luego sujetas al comando general de Vuestra Señoría...*¹⁵

Con esta instrucción, Juan Antonio Álvarez de Arenales, quedó en libertad de colocar bajo su comando a cualquier tropa insurgente, ya sea esta grande como la de Juan Manuel Pinelo en La Paz, o una insignificante “reunión de patriotas” como aquellas que operaban en las breñas de los valles de Sicasica y Ayopaya, todas debían de prestarle obediencia. Sin duda este es el documento donde se formaliza la existencia de un sistema coordinado de guerrillas. La intención de los “superiores de Buenos Aires” fue

13 AGNA Sala VII Leg 2566 Doc.436. f. 2r.

14 *Ibíd.* Las negritas son nuestras.

15 *Ibíd.* Las negritas son nuestras.

preparar el camino del Tercer Ejército Auxiliar, para lo cual necesitaban un comando unificado con el cual comunicarse y que este a su vez transmitiera sus órdenes.

Es interesante observar la jurisdicción de su comando. Este abarcaba desde Cinti hasta La Paz, es decir, el territorio de guerrillas surgidas poco después de la retirada del primer Ejército Auxiliar al mando de Antonio Gonzales Balcarce y Juan José Castelli, pero que se afianzó después de la salida de Belgrano del territorio charquino. Quedaba fuera de su territorio Tarija, el cual estaba encomendado a las avanzadas de Martín Miguel de Güemes. Esto se debe a que esta región pasó a depender, a principios de siglo XIX, de la Gobernación e Intendencia de Salta, por lo cual no se la consideraba parte del Alto Perú.¹⁶

Consideramos que esta división territorial tiene una marcada importancia, pues el territorio de dominio de Güemes actuaba como una especie de frontera-escudo contra las avanzadas de las tropas del rey. Es por esto que los comandantes del territorio de Tarija no se reportaban con Álvarez de Arenales, como sucedía con los que estaban en Charcas, sino con Güemes. Un claro ejemplo de esto es el teniente coronel Manuel Uriondo, quien, luego de la batalla de La Tablada, envió partes de este suceso al comandante salteño (Sánchez Cari, 2018, p. 141).

El 29 de noviembre de 1815 sucedió la batalla de Viloma o Sipe Sipe, donde las fuerzas insurgentes de José Rondeau fueron derrotadas por los realistas de Joaquín de la Pezuela. Esto originó el desbande del Ejército Auxiliar con sus principales jefes en franca retirada hacia territorio seguro. Juan Antonio Álvarez de Arenales y sus fuerzas no se encontraron entre aquellos que pelearon en aquella cruenta batalla debido a la salud deteriorada de este. Sin embargo, una vez que supo del desastre de la batalla para las armas patriotas, se incorporó y, en su camino hacia Cochabamba, se encontró con los primeros dispersos de la pasada batalla, a los que logró reunir y entregar al ayudante de Rondeau. Álvarez de Arenales siguió el camino de retorno hacia las Provincias Unidas, donde se reunió con Rondeau. Este lo nombró jefe de la vanguardia, cargo que cumplió a cabalidad (Canales Ruiz, 1999, pp. 131-132).

¹⁶ La región de Tarija por orden de la Real Ordenanza de Intendentes del Virreinato de La Plata de 1782, dependió de la Intendencia de Potosí. Sin embargo, Real Cédula de 17 de febrero de 1807, este "partido" de agregó al Obispado de Salta pasando a depender de esta intendencia, por lo que, al momento del inicio de la guerra de la Independencia, nominalmente debía parte Provincias Unidas del Río de la Plata. La instrucción remitida a Arenales obedeció a este hecho por lo que se la dejó fuera de su jurisdicción.

Rondeau, después de enfrascarse en una lucha estéril con Martín Miguel de Güemes, tomó como su cuartel Jujuy. Desde este punto pidió a las autoridades de Buenos Aires su reemplazo como general en jefe del Ejército Auxiliar (ibíd., p. 132). El designado para esta labor fue Manuel Belgrano, quien recibió el mando del ejército en Las Trancas, el 7 de agosto de 1816. Este general continuó su marcha hasta llegar a Tucumán (Mitre, 1902, p. 323).

Entre la derrota de Viloma (29 de noviembre de 1815) y la toma de mando de Belgrano como el nuevo oficial superior del Ejército Auxiliar (7 de agosto de 1816) habían pasado un poco más de siete meses. En este tiempo, ante la ausencia de Juan Antonio Álvarez de Arenales como el comandante en jefe de las divisiones en guerrilla, todos los comunicados se enviaban directamente hacia Rondeau. Luis Paz afirma que, dos meses después de la derrota de Viloma, todos los comandantes de guerrilla en suelo charquino le enviaron sus partes, así como también le participaban de los planes futuros que tenían y los auxilios que necesitaban (Paz, 1919, p. 357). Esto nos indica que, aunque la cadena de mando se había roto, el contacto con los jefes principales aún se conservaba. Sin embargo, esto no significaba las cosas en Charcas estaban en orden. De hecho, por aquellos meses la ofensiva realista se volvió extremadamente dura, llegando a desaparecer varios de los comandantes más resaltantes.

Hasta finales de 1816, de entre los principales jefes de divisiones habían muerto Ildefonso de las Muñecas, Vicente Camargo y Manuel Ascencio Padilla. Es posible que la muerte de este último fuera la más sentida de todas, pues se veía a este personaje como el más importante y quizá el reemplazo de Álvarez de Arenales al mando del sistema de divisiones. Su muerte, acaecida el 14 de septiembre de 1816, causó el desbande y la indisciplina de los distintos caudillos que operaban bajo sus órdenes. Entonces, el 29 de septiembre, Fray José Indalecia de Salazar envió una carta de Martín Miguel de Güemes, pidiéndole:

No deje VS de remitir a la brevedad posible un subdelegado comandante a las fronteras para que reúnan y reorganicen a la gente armada de esta división, con las de las demás prevenciones de su corazón, y que se extingan las rivalidades, enconos y despotismos entre los peruanos. (Güemes, 1984, p. 124)

Como se puede observar, tempranamente, ante la ausencia de un jefe superior en Charcas, se acudió a Güemes para que este pudiera colocar orden dentro de las fuerzas insurgentes. Este hecho es llamativo, ya que

oficialmente Belgrano era el comandante del Ejército Auxiliar, y era a este a quien se debía de acudir para un nombramiento como el que pedía Fray Salazar.

De vuelta al territorio alto peruano, para solucionar el problema de la falta de autoridad en la antigua división de Padilla, los guerrilleros antes subordinados a este eligieron a Jacinto Cueto para sustituirlo, y como segundo jefe a Esteban Fernández, enviando un informe de esta elección al general en jefe del Ejército Auxiliar (Querejazu, 2005, p. 128). Sin embargo, Fernández, decidió operar por sí mismo dejando su subordinación a Cueto.

Ante la difícil situación de las provincias del Alto Perú en noviembre de 1816, Güemes –con la aprobación de Belgrano– tomó la iniciativa de nombrar subdelegado de la provincia Tomina y comandante general de todas las fuerzas del Interior al teniente coronel de ejército José Antonio Acebey, quien hasta ese entonces había estado en el Regimiento de Infantales al mando de Güemes (Güemes, T. VIII, 1984, p. 123). Este nombramiento hacía que el fuera el sucesor no solo de Padilla, sino también de Álvarez de Arenales en el comando de todas las fuerzas insurgentes en Charcas.

Acebey se trasladó entonces hasta Cinti, donde inició sus actividades. Quiso hacerse cargo de su comando, pero su presencia fue muy resistida, por lo cual este retornó a Orán aduciendo una enfermedad. Entonces, Manuel Belgrano nombró a Esteban Fernández jefe de la insurrección de las fronteras. Como se puede ver, ya el cargo de comandante general había sido dejado de lado. Acebey pasó a Cinti, donde se encontraba Mariano Acebo. Allí se reunió con Gregorio Aráoz de Lamadrid y su expedición, que alcanzó las puertas de Chuquisaca, pero que al final retornó derrotado. Acebey salió del escenario del Alto Perú (Paz, 1919, p. 491).

Entre los documentos publicados en el Tomo IV de *Güemes documentado* se encuentran cartas de Eugenio Méndez, Mariano Acebo, Apolinar Zárate y Diego Flores, todos integrantes de la División de Padilla, para Güemes, informándole de la muerte del caudillo de La Laguna, comunicándole los movimientos del enemigo, sus planes y necesidades. Este hecho es significativo pues estos caudillos estarían reconociendo la autoridad de Güemes. Esto se explica por su calidad de gobernador de la provincia de Salta y general de vanguardia. Por otro lado, Belgrano, luego de su nombramiento, había tomado Tucumán como su cuartel general, estando solo la vanguardia de este ejército en Salta (Morea, 2012, p. 31). Podemos pensar entonces que tanto el rango y cargo administrativo que Güemes tenía, sumado a la calidad de Salta como más cercana a los territorios charquinos,

hizo que la comunicación con este general haya sido mucho más fluida que con Belgrano.

En 1817, se registró la entrada de Gregorio Aráoz de Lamadrid, primero a Tarija y luego a territorio chuquisaqueño, donde se quiso tomar la ciudad capital, hecho que no sucedió. Esto se produjo a raíz de que Belgrano ordenó a Lamadrid actuar como tropas de vanguardia. Sin embargo, este último sobrepasó sus órdenes, registrándose la última oportunidad de las tropas de las Provincias Unidas para liberar este suelo.

Si bien la idea de la organización y puesta en marcha de un nuevo ejército auxiliar de las provincias interiores nunca más se dio más allá de las tres primeras, esta no desapareció. De esta forma, uno de los principales impulsores de esta idea fue Martín Miguel de Güemes. Para diciembre de 1818, el gobernador de Salta llamó a una Junta General de corporaciones, comandantes y primeros ciudadanos, para discutir cómo podrían apoyar la idea del avance del ejército de Manuel Belgrano al Alto Perú. Tanto el cabildo de Salta, como el de Jujuy y el de Orán, acordaron apoyar la expedición (Güemes, T. V, 1984, p. 404). Recordemos que, en aquellos momentos, San Martín se encontraba en Chile con planes de realizar su avance por mar hacia el territorio del Virreinato del Perú. Entonces la expedición de Belgrano actuaría como un bloque de presión sobre las fuerzas realistas.

Para abril de 1819, Manuel Belgrano le comunicaba a Güemes que la vanguardia del Ejército Auxiliar acantonada en Salta se uniría al ejército de Observación para partir a “arrollar al enemigo”, por lo tanto, se debía de hacer el acopio necesario de víveres para tal empresa. El gobernador de Salta respondió que ya había ordenado a los hacendados de la región acopiar el ganado cimarrón, los charquis y los tasajos “para la subsistencia de las tropas que han de marchar al interior” (Güemes, T. V. 1984, pp. 434-435).

Sin embargo, la empresa de la organización y la marcha de tropas no serían factibles sin el apoyo del gobierno central. José de Rondeau, en aquel momento Director de las Provincias Unidas, en una carta fechada en julio de 1819, prometió a Belgrano la suma de 300.000 pesos para realizar el proyecto de un nuevo ejército auxiliar. Rondeau detalla que el impulso para que esto se haga posible, surgió a partir de los partes recibidos procedentes de José Manuel Chinchilla (Güemes, T. VIII, 1984, p. 472).

Chinchilla se constituía en uno de los pocos comandantes de divisiones en guerrilla que seguía activo para aquellos años, luego de la feroz persecución y caza a los comandantes de guerrilla en Charcas. Este mantenía contacto con Manuel Belgrano como el comandante en jefe del Ejército Auxiliar y era de uno de esos partes del cual hablaba Rondeau.

Esta idea del avance de un nuevo Ejército Auxiliar no se verá reflejada de manera directa en las páginas del diario de José Santos Vargas. Sin embargo, sintomáticamente para septiembre de 1819, llegaba a Cavari, un pueblo dominado por la guerrilla enclavado en los valles de La paz, Mariano Lora, antiguo soldado de Eusebio Lira, quien emigró a Salta luego de la muerte de este, con órdenes y confirmaciones de rangos para todos los jefes y oficiales de la división de Chinchilla. Estos documentos procedían de Martín Miguel de Güemes (Vargas [1852], 2017, p. 396).

Sin embargo, en los meses anteriores a esto, en las Provincias Unidas se estaba viviendo un periodo de enfrentamientos entre las regiones interiores con la capital Buenos Aires. Belgrano tuvo que desprenderse de una parte de su ejército para cumplir las órdenes de Rondeau para fortalecer la columna del general Bustos y contener a las rebeldes procedentes de Santa Fe. Según Alejandro Morea, este accionar puede entenderse como que el Ejército Auxiliar fue el sostén del gobierno de Buenos Aires y una especie de garante de la gobernabilidad del interior (2012, p. 38), por lo que poca atención podía dársele a una nueva incursión al territorio altoperuano.

Por otro lado, Manuel Belgrano se hallaba gravemente enfermo, por lo que pidió a Pueyrredón ser relevado del cargo, lo que finalmente sucedió a fines de 1819, siendo sucedido por Francisco Fernández de la Cruz. Este general fue objeto del motín de Arequito, en enero de 1820, que determinó el final del Ejército Auxiliar, pues pasado este evento las consecuencias fueron que muchas de sus unidades resultaron absorbidas por otros cuerpos militares (Morea, 2012, p. 42).

Con el Ejército Auxiliar desmembrado, la única fuerza capaz de sostener la frontera de las Provincias Unidas con el territorio ocupado por las fuerzas realistas era el Ejército de Observación, el cual estaba al mando de Martín Miguel Güemes. En las listas de oficiales que estarían bajo sus órdenes en este Ejército de Observación, organizado en 1820, aparecen dos nombres de importancia que actuaron en la división de los Valles de La Paz y Cochabamba: José Manuel Chinchilla y José Miguel Lanza.

Chinchilla aparece en la lista de “Nombramientos y Ascensos”, primero como teniente coronel, con su ascenso hacia el grado de coronel graduado para diciembre de 1820. Por otro lado, José Miguel Lanza aparece primero como sargento mayor de ejército, agregado al Regimiento de Dragones, y para noviembre de 1820 aparece ascendido a teniente coronel efectivo graduado de coronel. Finalmente, para diciembre se registra su ascenso a comandante general de armas de la patria de La Paz (Güemes, T. VIII, 1984, pp. 64-65).

Estos nombramientos se hacen en diciembre de 1820 en Salta. Estos llegaron a Inquisivi, La Paz a mediados de febrero de 1821, es decir, en un poco más de dos meses. El diario de José Santos Vargas registró la llegada de estos nombramientos, así como de la presencia de José Miguel Lanza, venido desde el sur con el rango ya dicho. Además, junto con este personaje llegaron Pedro Arias, quien hasta ese entonces se había desempeñado como teniente el Cuerpo de Partidarios Veteranos; Marcos Montealegre, viejo veterano de las milicias de 1809, que además tomó parte en la batalla de Vilcapujio, luego de la cual emigró a Salta, retornando con Lanza con el grado de capitán; Manuel Paredes, otro veterano de Vilcapugio y emigrado en Salta; Pedro Graneros, quien emigró a Salta luego de la muerte de Eusebio Lira y José Martínez Párraga, quien, al igual que los anteriores, estuvo en Salta, primero como cadete, retornando al Alto Perú como capitán.

Todos estos personajes fueron enviados por Martín Miguel de Güemes. Es claro que Lanza vino acompañado de oficiales de los cuales podrían valerse para reformar la división, lo que hizo casi de inmediato. Chinchilla, el comandante que hasta ese momento había hecho sobrevivir a la división, ahora se veía relegado, lo cual aceptó sin ningún reclamo. Sin embargo, a un poco más de un mes después de la llegada de Lanza, en marzo de 1821, Chinchilla fue fusilado por sus órdenes, acusado de malos manejos de la división, cargo que nunca pudo confirmarse.

Las acciones de Lanza, así como su llegada con los elementos mencionados, los cuales tienen en común haber estado mucho tiempo en Salta, nos hacen pensar que este procedió así acorde a un plan preestablecido que pudo o no haber venido desde Güemes. Esta hipótesis aún no puede ser confirmada, mucho más teniendo en cuenta que el gobernador de Salta murió en junio de 1821, es decir, a escasos cinco meses de la llegada de Lanza a los valles de La Paz.

Conclusión

A lo largo de este artículo vimos cómo el espacio geográfico puede ser utilizado a favor de uno de los contendientes, a pesar de ser zonas agrestes las guerrillas se asentaron con gran éxito. Luego vimos cómo las guerrillas en Charcas evolucionaron desde aquellas caóticas montoneras, pasando por las más formales guerrillas, hasta llegar a ser Divisiones militares. Esto nos sirvió para ver la conformación del Sistema de Divisiones en Guerra de

Guerrillas. Finalmente vimos cómo Juan Antonio Álvarez de Arenales se hizo cargo de la organización de este sistema y lo que pasó una vez salió este de suelo charquino, deviniendo en la persona de Martín Miguel de Güemes como el nuevo responsable de la organización de las fuerzas insurgentes en el Alto Perú.

Si tomamos en cuenta la legitimación del tercero interesado, la cual estaba presente en Charcas mediante la figura y las órdenes de Álvarez de Arenales, una vez que salió de este escenario, la acción más lógica fue la de solicitar esta legitimación al representante más cercano del tercer poder, en este caso Güemes. Chinchilla recibió el parte oficial de su nombramiento firmado por el gobernador de Salta y, de la misma forma, Lanza se presentó a los valles de La Paz con un nombramiento hecho por este personaje. Esto nos muestra que la ligazón con las Provincias Unidas no se había roto aún, aunque sí sucedió más adelante. Aún queda mucho por descubrir en cuanto a la relación de los guerrilleros de Charcas con Martín Miguel de Güemes, pero será parte de otro trabajo.

Bibliografía

Archivos consultados

Archivo General de la Nación Argentina AGNA
Colección General Juan Antonio Álvarez de Arenales

Referencias bibliográficas

- Arnold, M. y Osorio, F. (1998). Introducción a los conceptos básicos de la teoría general de sistemas. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10100306>. Consulta: 6 de septiembre de 2021.
- Canales Ruiz, J. (1999). *El General Arenales*. Santander: Centro de Estudios Montañeses.
- Costa de la Torre, A. (2009). *Ildefonso de las Muñecas y los mártires de la republiqueta de Larecaja*. La Paz: Gobierno Municipal de La Paz.
- Demelás, M. D. (2007). *Nacimiento de la guerra de guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)*. La Paz: Plural Editores-IFEA.
- Fradkin, R. (2006). *La historia de una montonera: bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García Camba, A. (1916). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú, 1809-1821*. Madrid: Editorial América.
- Gobierno Municipal de Ayata (2005). *Plan de Desarrollo Municipal (PDM). Gestión 2005 al 2009*. La Paz: S.E.
- Gobierno Municipal de Camargo (2005). *Plan de Desarrollo Municipal*. Camargo: S.E.
- Gobierno Municipal de El Villar (1997). *Plan de Desarrollo Municipal*. Chuquisaca: Centro de estudios para el desarrollo Chuquisaca.
- Güemes, L. (1984). *Güemes documentado*. T. V y T. VIII. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Larson, B. (2017). *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia. Cochabamba, 1550-1900*. La Paz: Centro de Investigaciones Sociales-Biblioteca del Bicentenario.

- Mamani Siñani, R. L. (2010). "La División de los Valles". *Estructura militar, social y étnica de la Guerrilla de La Paz y Cochabamba 1814-1817*. La Paz: IEB-ASDI.
- Mamani Siñani, R. L. (2018). Preparación militar, amenazas y enfrentamientos. La Paz y La Plata en 1809. En VV.AA. *¡Muera el mal gobierno! (1809-1810)*. Nuevos aportes sobre los orígenes de la independencia a partir de la lectura de nuevos documentos. Inédito.
- Martínez Láinez, F. (2007). *Como lobos hambrientos. Los guerrilleros en la Guerra de Independencia (1804-1814)*. Madrid: Algaba Ediciones.
- Mitre, B. (1902). *Historia de Belgrano y la Guerra de Independencia de Argentina*. Buenos Aires: Ed. Félix Lajouane.
- Morales, C. B. (1990). *Bolivia. Medio Ambiente y Ecología Aplicada*. La Paz: Instituto de Ecología. Universidad Mayor de San Andrés.
- Morea, A. El Proceso de profesionalización del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia, págs. 1-23. Disponible en: <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/quintosol/article/view/131/144>. Consulta: 12 de mayo de 2021.
- Paz, L. (1919) *Historia general del Alto Perú hoy Bolivia. Guerra de la Independencia*. T. II. Sucre: Imprenta Bolívar.
- Pezuela, J. (2020). *Compendio de los sucesos ocurridos en el ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*. Lima: Biblioteca Bicentenario del Perú.
- Querejazu, J. (2005). *La amazona y el caudillo*. Sucre: Imprenta Editorial "Tupak Katari".
- Quispe Escobar, A. (2018). *Tiempos de Insurgencia. Guerra, política y vida cotidiana en Cochabamba (1813-1819)*. Santa Cruz de la Sierra: El País.
- Rodríguez García, H. y Quispe Escobar, A. (2021). *La guerra irregular en Los Andes Orientales. Microhistorias de las guerrillas de Mizque, Vallegrande y Santa Cruz 1810-1824*. La Paz: Centro de Investigaciones Sociales.
- Sánchez Cari, A. (2018). *El movimiento insurreccional de Tarija durante el proceso de la independencia (1810-1825)*. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia por la Universidad Mayor de San Andrés.
- Schmitt, K. (2016). *Teoría del partisano. Comentario sobre la noción de lo político*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Senado de la Nación Argentina (1963). *Biblioteca de Mayo. Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina. Tomo XV Guerra de la Independencia*. Buenos Aires.
- Sicilia Cardona, E. (2016). *Napoleón y revolución. Las guerras revolucionarias*. Madrid: Nowtilus.

- Soux, M. (2010) *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas (1808-1826). Guerra, ciudadanía, conflictos políticos locales y participación indígena en Oruro*. La Paz: ASDI-IFEA-Plural-IEB.
- Valdés, J. (1895). *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*. Tomo II. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- Vargas, J. S. ([1852] 1982). *Diario de un Comandante de la Independencia Americana. 1814-1825*. México: Siglo XXI
- Viedma, F. (1836). *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz de la Sierra*. Buenos Aires: S. E.